
Inolvidabilidades mentales (a propósito de alumnos extraordinarios en posgrado)

José Manuel Mora Rosas

Maestro en Comunicación. Profesor-investigador del Centro de Investigaciones Pedagógicas y Sociales de la SEJ.

manuel.mora@cips.edu.mx

El aula es un laboratorio: ellos ponen los reactivos, nosotros el instrumental que detona reacciones cognitivas. Se vuelven superhéroes. Aquí cuatro inolvidabilidades que surgieron hace poco. Andan por las aulas del sistema, detonando situaciones extraordinarias.

I

La primera vez que solicitó una asesoría, temblé: su memoria extraordinaria, su habilidad argumentativa, su sagacidad y su hambre de conocer se habían sentado frente a mi escritorio. La “forma unaria” era su tema central, a propósito de lo que observaba diariamente en la escuela donde trabaja; trancazo intelectual, pues semejante concepto jamás se había cruzado en mi camino.

Le pedí una definición. Con destreza y con cierta fruición mental –prácticamente audible mientras sus ojos verdiazules brillaban eléctricos al tiempo que activaba neuronas para vincular imágenes/conceptos/frases–, explicó como de libro para luego poner un par de ejemplos. Cual carta de Black Jack, coloqué luego yo el mío, sacado de un video viral sobre una niña que se frustra al no lograr un cometido. Nos entendimos. Mis neuronas se aceleraron también, y dialogamos echando humo intelectoconceptual como hacía mucho tiempo yo no hacía.

Logramos una apuesta, a propósito de su proyecto. Coincidimos en que no sería comprensible, puesto que aún no había trazadas rutas interdisciplinarias entre la Psicología cognitiva, la didáctica del docente y la Socioemoción: no había llegado aún la pandemia, y estábamos lejos de pensar desde lo complejo. Así que apuntamos hacia un trayecto investigativo también retador, pero menos accidentado. La asesoría tuvo sentido.

Lo que vino después fue transición, desesperanza, frustración, falta de salud e intento de salida. Pero una habilidad nueva surgió de sus entrañas: resiliencia, le llaman. Y siguió su camino en compañía, buscando como siempre verdades con las que construir conocimiento.

II

Algunos buscan soluciones, otros buscan eficacia; algunos más, tan sólo encontrar herramientas, recursos, mecanismos que operativizar en las entrañas del proceso de aprendizaje. ¡Como si se tratara de tuercas y engranajes, vaya! Pero él no: atrás de sus preguntas siempre salía a flote su formación filosófica: ¿cómo se puede, desde el lenguaje, fortalecer la mente joven del que estudia?

Traía una idea valiente, a propósito de la argumentación y los recursos lingüísticos que se requieren para formular postulados simples, no por ello menos efectivos (consideraba siempre la edad de sus alumnos de secundaria). Le daba la vuelta a una estrategia didáctica, luego a otra y a otra más, llegando siempre a la misma conclusión: no había modo –pensaba– de que los chicos articularan un argumento sólido para usarlo en cotidiano.

Un día trajo ejemplos: ejercicios descriptivos de sus alumnos, con la esperanza de encontrar, desde la dialógica de nuestra aula, un halo de esperanza. Nos mostró los ejemplos (trazados a puño y letra por los niños; ternura pura diluida entre el papel y la tinta): todos describían, de memoria, una situación narrada en la mañana por su maestro; el objetivo de ese ejercicio era utilizar conectores lógicos. Nos leyó tres y el gazapo saltó: todos los conectores que habían usado los niños eran secuenciales (y, después, entonces, luego, más tarde). Le pregunté sobre lo que reflejaba esa articulación sintagmática: se sorprendió por la pregunta (¡viva el entrenamiento profesional en semiótica!); sus ojos reflejaban el esfuerzo de su mente por encontrar la respuesta. Bajó la mirada al tiempo que decía con voz apagada, frustrado a más no poder: “¡No sé!”. Volví a preguntar:

- ¿Qué tipo de conectores son?
- Secuenciales –contestó–.
- ¿Y dónde se utilizan?

- Pues... en la narrativa...
- ¿Y qué tipo de narrativa están utilizando sus alumnos? (silencio en el salón: el grupo estaba expectante ante el diálogo bilateral: sólo estábamos él y yo ejecutando trayectorias neurosensoriales para afinar la respuesta...).
- ¿En dónde...? –preguntó al fin, tímidamente.
- ¡En el cine! ¡En la narrativa audiovisual! Todos los conectores que usan sus alumnos son proyección de las escenas que ocurren en su mente. Cada conector vincula la secuencia de imágenes mentales que sus alumnos usan para ordenar la situación que usted les pidió que narraran. ¡Sus alumnos no piensan desde el lenguaje, sino desde la imagen: son totalmente visuales!

Entonces entendió todo: revisó los ejemplos uno tras otro, enfocando su habilidad interpretativa para mirar de nuevo, y aclarar lo inesperado. Su sorpresa brotó de sus pupilas y de su sonrisa, al tiempo que reafirmaba: ¡son visuales!

Desde entonces, buscó en la narrativa cinematográfica estructuras que sirvieran como puente entre la lingüística y la mente de sus pupilos. Y encontró nuevas formas de detonar, visualingüísticamente, argumentos nuevos por usar. La narrativa de su proyecto cambió, pues completó la imagen.

III

Vino del mundo de lo espiritual para estudiar una maestría. Era docente, pero de taller: el yoga y su amor por la infancia le condujeron a un preescolar, para fortalecer su educación integral.

Se sentía en absoluto fuera de lugar: las lecturas epistémicas, lo educativo como problema; la teoría pedagógica... El esfuerzo era mayor que el de cualquier asana. Buscaba mentores que le ayudaran a comprender, a articular, a desmenuzar los conceptos para colocarlos no sólo en su mente, sino en su ser entero. Le costó trabajo, pero avanzó pertinaz: su voluntad, más fuerte que cualquier argumentación sólida, le condujo hacia la inmersión en lo educativo. Ya no era, para ella, una piscina de agua helada a la que había que entrar a fuerza. Nadaba en ella, y entrenaba incluso para bucear en ella.

Desarrolló sus habilidades mentales por encima de sus propias expectativas: podía no sólo manejar teorías a su antojo (Brofenbrenner era casi, casi, su amigo favorito: una vez pretendió hacerle dialogar con Morin, con mucho arrojo), sino que se atrevió a plasmarlas en diagramas complicados que representaban múltiples dimensiones de lo que ella llamaba su “objeto de estudio”. Proyectaba, así, su percepción multisensorial sobre lo cotidiano, como si fuera una máquina generadora de hologramas: plasmó dimensionalmente los vínculos entre emoción, aprendizaje y socialización como si de una visión pandémica y premonitoria se tratara. Su guía espiritual le había conducido certeramente hasta este punto.

Trascendió su propuesta con éxito rotundo. Ahora medita sobre la perseverancia del espíritu aplicada en la resolución de tareas académicas, en un recorrido nirvánico que ataja a gusto, segura de cada imagen mental que disecciona.

IV

Se había quedado sola, sin equipo y sin proyecto por investigar. La incertidumbre por volver a comenzar la seguía de cerca, pero su entusiasmo siempre fue más fuerte (tal vez no tenía consciencia de qué tanto podría lograr, pero no perdía el empeño).

Llegó conmigo luego de pensar en dos o tres proyectos. Uno parecía interesante, pero lejano a lo que ella conocía; otro le era más cercano, pero requería más tiempo del que tenía (¿tercer semestre y empezar de nuevo? ¡Imagínense!). Finalmente atinamos uno, que surgió de una charla eventual sobre la escuela en casa. “¿Cómo?”, preguntaba; “¿Eso se puede?”.

Después de argumentar y articular la propuesta, la mandé a hacer trabajo de campo, a sabiendas que la inmersión directa da suficiente información no sólo para ser sensible, sino para comprender lo que emerge en la acción cotidiana. Comenzó así su iniciación etnográfica, sin saber que se convertiría en una extraordinaria escucha: su habilidad para conversar y atender al diálogo formó un cauce de estrategias para no sólo empatizar con el otro entrevistado, sino para colocarse en su lugar, usar su mismo lenguaje y, casi al vuelo, percibir los escenarios recuperados mientras “echaba chisme” –como ella decía–.

Logró lo que ninguno de su generación pudo obtener: treinta entrevistas en pleno inicio de pandemia. Papás y muchachos adolescentes se dieron cita con ella en la pantalla con sus experiencias de abandono de la escuela: razones, sentimientos, explicaciones de por qué era mejor estar fuera que dentro; circunstancias múltiples, jerarquías axiológicas de la familia por sobre la exigencia de la escuela.

Lo transcribió todo, titánicamente y sin miramientos. Recuerda cada voz, cada entrevista, como si recién las hubiera terminado. Los detalles de las expresiones también, como si se hubiera detonado en ella una audiovideocámara que capturara en simultáneo lo que ocurría mientras le hablaban. Expresiones... miradas... gestos... Todo lo no verbal se convirtió para ella en signo inequívoco de experiencias de sentido doloroso para estos chicos que abandonaron la escuela para sobrevivir, para recuperarse, para ser y comenzar de nuevo.

Ahora, cada vez que conversa con alguien, agudiza su oído etnográfico a toda su potencia. Escucha, mira, registra: absorbe toda información que le reportan. Sistematiza, pero, sobre todo, comprende al ser que le ofrece el regalo de compartir lo que le pasa.